

Señor Doctor Manuel Fernández SAAVEDRA.

Mui respetado Doctor :

Permitidme señor, que al contestar vuestra jenerosa cuanto elegante carta del 26, del presente, relativa a mi pequeño folleto "*El Catolicismo i la Libertad*," prescinda enteramente de mí; no por modestia, sino porque al contestaros, sin dejar de tributaros mi profundo agradecimiento, creo emplear mejor el tiempo en deciros unas pocas palabras sobre la grave situacion que estamos atravesando. Vos estais en una posicion admirable para hacer al país i a nuestra Santa Religion un servicio inmenso. Vuestro bien reconocido saber, vuestro carácter firme, vuestro influjo incuestionable i vuestra poderosa elocuencia, hacen de vos el verdadero Apóstol, el Saulo suscitado por la Providencia para dirigir la nave del Pescador Céfás, acometida aquí, por el oleaje turbulento de la mas desecha tempestad.

Estoi altamente penetrado del alto carácter de la cuestion que, por desgracia, trae ajitada la República, en materia de creencias religiosas; pero no teniendo, como no tengo, la autoridad que os sobra a vos, naturalmente, a vos debo dirigirme para que no permitais por ningun término, ni bajo ningun aspecto, que la gran causa de la Iglesia sea servida por otros medios, que los que son compatibles con su venerable santidad.

Yo soi católico por convicciones hondísimas, creencias que están transustanciadas en mi alma: tengo orgullo en profesar la Religion de Bolívar, de Santander, de Nariño, de Sucre, de Córdoba, de Policarpa Zalabarrieta, de Jirardot, de Ricaurte, de Torres, de Acevedo, de Azuero, de Soto, de Castillo, de Madrid, de Torices, de Acosta, de Restrepo, de Zea i de Córdas: he entrado en la lid en defensa de mi fé; pero he entrado en esa lucha i estoi pronto a continuar prestándole mi débil contingente a esa causa sacrosanta, siempre que por nuestra parte no haya otra cosa, que pura i constante predicacion i discusion eterna e inagotable. En este terreno, yo el mas indigno de los católicos, daria con placer la última gota de mi sangre; i esto no seria mucho, siempre que fuéramos lo que los cristianos de la edad de oro de la Iglesia: hombres de ideas, fervorosos i decididos creyentes; pero irreprehensibles ciudadanos. Recordad aquellos tiempos de sublime exelsitud, que hacen la gloria i son un motivo de santo orgullo para el Cristianismo; en que nuestros maestros, nuestros modelos, servian de pasatiempo a la tiranía bestial de los mónstruos coronados por la idolatría i de pasto a las fieras del circo romano; servian de antorchas en las bárbaras orfias del abominable Neron i eran, no obstante, los mas fieles súbditos i los mas valientes soldados del Imperio.... ¡Oh grandioso espectáculo! De un lado, la santidad mas pura, la caridad mas perfecta, el entusiasmo mas noble, la mas alta dignidad; i del otro, la barbarie i la ferocidad, con todas las fealdades del error, del crimen i del despecho. ¡Jamás los cristianos se rebelaron!

Tal es el Cristianismo que yo admiro, que yo adoro, que yo sirvo, que quiero servir i que serviré hasta mi última hora.

Pero que espíritus ofuscados por una exaltacion desordenada, o aconsejados por personas inconsideradas, tomen la Religion por enseña, para desplegarla en los campamentos de las luchas políticas i manchar así la mas noble de las causas, arrojando sobre el palio que cubre al Dios Salvador del Mundo, el impuro anatema de las bacanales revolucionarias..... permitidme que lo diga con el acento de un verdadero cristiano, de un sincero católico: quien quiera que tal piense, que tal haga, ni es verdadero defensor de nuestra fé, ni es digno de figurar en nuestras filas. Esto seria rebajar, degradar, envilecer nuestro carácter e infamar cuanto hai de mas santo para el hombre sobre la tierra: la pureza de su dogma, la santidad de su culto. Esto seria perder nuestra causa i perderla de la manera mas miserable, mas vergonzosa.... ¡Cuántos horrores se le imputarian! ¡Qué de crímenes se cometerian en su santo nombre! I todo esto, ¿no seria su mas completa, su tristísima ruina en este desgraciado país? ¿Cómo levantaríamos la frente para mirar al cielo, ni el corazon para implorar a un Dios que es la Bondad i el Amor por excelencia, desde el profundo abismo de una humillacion tan espantosa? Convengamos en que con tales medios, la mas completa victoria, seria la mas completa derrota.

He aquí, pues, mi venerado Doctor, lo que es preciso que no suceda: lo que vos no debéis permitir; lo que teneis el poder de evitar i lo que yo os suplico que impidais; con vuestra firmeza, con vuestra elocuencia i con la influente autoridad que os dan, vuestro saber, vuestra clara intelijencia i vuestro alto carácter sacerdotal.

Las vías de hecho no son armas dignas en la defensa de una Religion, que es toda, UNA ENSEÑANZA llena de jenerosidad, de caridad, de luz i de amor. Jesucristo nos lo ha predicado con su ejemplo: los mártires lo ratificaron con su conducta; i el triunfo de la Iglesia lo comprueba ante el universo. Por eso es tan grande O'connell: O'connell! el hombre de las peticiones, de los *meetings*, de las grandes arengas populares; con las cuales, sirvió con tanto talento i con tanto fruto a la santa causa de la Fé i de la Patria.

Voi a terminar. Yo prefiero el peor Gobierno a la mejor revolucion. Este es mi dogma en materia de cambios sociales; i lo he observado siempre en presencia de todos los partidos que nos han gobernado sucesivamente. Creo, i he creído siempre, que en el mundo político, mas cuantiosos i mas sanos frutos han dado las doctrinas que los triunfos de las bayonetas.

He aquí, pues, mi respetado Doctor, mi programa entero. Él es mi regla invariable; i espero que él sirva de criterio para juzgar mi conducta; si por una calamidad, que seria la peor de todas, la santa causa del Catolicismo no fuera servida por los medios únicos, que demanda nuestra dignidad i el alto dogma que profesamos.

Ved, pues, señor, que mi respuesta no es sino una rendida súplica, que en nombre del honor nacional i del decoro de nuestra Santa Religion, os dirige humildemente, el que es vuestro admirador i compatriota.

MANUEL MARIA MADIEDO.

Bogotá, julio 30 de 1863.

Mi respetado Doctor:

Permitidme señor, que al contestar a vuestra honrosa carta del 26 del presente...

Este momento es el más oportuno de la cuestión que por vosotros me estáis planteando...

La es el Cristianismo que yo admito, que yo adoro, que yo quiero servir, que yo quiero...

He aquí, pues, mi respetado Doctor, lo que es preciso que no olvidéis y lo que vos no debéis olvidar...

Y de lo que yo pretendo es por Dios y por el hombre a la mejor teología. Esto es mi deseo en materia...

¡Eh, pues, señor, que mi respuesta no es una sencilla afirmación que en absoluto deba poner en...

MANUEL MARIA MADRIDO.

Boletín, Julio 30 de 1882